

METAME UN GOL

LO que quiere Addy Ventura es que le metan un gol. Es lo que quieren todas, incluso las que tienen ya la portería desfondada y la red hecha una braga.

Cuidado con Addy Ventura, que está entre Marisol y la Trudi Bora de los felices cuarenta. No hay que perderse, una vez al año, los revistones de Addy en el Calderón, para saber por dónde va la subcultura underground y el pensamiento liminar del lumpemproletariado intelectual que nace, crece, vive, come pipas y se reproduce de Progreso para abajo. Lo de este año, «Métame un gol», es un prodigio de psicología de masas, una catarsis colectiva, una ordalía. Justo lo que el personal estaba necesitando: una ordalía a doscientas cincuenta la butaca. Sale Addy en plan Atlético, que es lo proletario, vestida de portero y con su portería y sus balones. El personal dispara desde el patio de butacas hasta que le mete un gol por el pasillo a la mujer más importante del revistón nacional. Qué descarga de sublimaciones, qué genial conjunción de deporte y sexo, de agresividad libidinal, qué cura de represiones, qué psicoterapia de grupo cuando el espectador sabatino le mete un gol, en nombre de todo el coliseo, en representación del aforo, a la rubia monumental de la mellita en los dientes. Qué eyaculación deportiva, oiga.

Dobles tripes represiones nacionales descargan en ese gol. El Amancio que todos llevamos dentro, el comunero que todos llevamos dentro y el violador enfurecido que todos llevamos dentro, se realizan metiéndole un gol a Addy Ventura por doscientas cincuenta pesetas, y con derecho a llevarse el balón a casa, como si fuese el niño cabezorro que hemos tenido con la mujer. No sé quién es el genio de la terapia de grupo que se ha inventado ese sketch. No sé quién es el Wilhelm Reich, el Freud, el Moreno, el Jung que ha parido tal título y tal situación. Esto sí que es teatro de la crueldad, happening y participación. Artaud se hubiera hurgado con su puñalito en la herida del cráneo, lleno de felicidad, viendo realizado su sueño de un teatro irrepitible, de un teatro de la agresión, donde el personal alineado del fin de semana cumple de una patada vicaria tres sueños subliminales metiendo un gol erótico a una gran mujer, subiendo un tanto al marcador de la Liga sexual y agrediendo al establishment capitalista de las lentejuelas y las mujeres objeto. Qué gozada, oiga, qué gozada, usted.

Métame un gol. Los españoles andamos ahora metiéndonos goles macabros unos a otros, y el libretista del Calderón, con la musa de carne y hueso que es Addy Ventura, ha conseguido reunir en una sola descarga deportivo-bélico-libidinal las tres grandes represiones de la mayoría silenciosa que canturrea. En la figura vicaria de Addy Ventura violamos al portero del Madrid, a las hijas de las cien familias y a la vecina del quinto, que es una cachonda. Qué desfogue para un tiempo con más fuego que desfogamientos. Es lo que andamos queriendo todos los españoles y nos lo decimos unos a otros con la mirada, en el Metro: Métame un gol, por favor, un gol ideológico, político, liberador. Yo no le metí el gol a la Addy, que tengo mal pulso, pero ella me dio un clavel que ni siquiera era rojo.

Lo conservo en un vaso de lágrimas. ■ **UMBRAL**

